

Ayer caminamos paso a paso por el difícil camino de la oposición franca y leal, hasta enfrentarnos con el hombre vestido de púrpura para derribarlo; ahora, ante la avalancha reaccionaria, nos proponemos combatir.

No somos de los que se aprovechan del camino abierto, a fuerza de sacrificios y de vidas para atacar al régimen caído; de los acomodaticios que se amoldan al criterio de la conveniencia, porque estamos inspirados en un sentimiento más noble y más santo: el Patriotismo.

I

Si se juzga al General Díaz como político, se sorprende en él una marcada tendencia al engaño y a la intriga; igual acontece si se le considera como militar.

Sucede que los hombres, en los diversos actos de su vida, ya sea pública, ya sea privada, imprimen un sello especial que los caracteriza; una particularidad en consonancia con su carácter.

El General Díaz no fué leal como hombre de Estado; tampoco lo fué como hombre de armas.

La adulación, siempre dispuesta a cambiar de color todo y a ver al través de un vidrio de aumento las acciones del individuo a quien incienza, hizo del General Díaz, un héroe grandioso, una figura de insuperable valor, de inimitable pericia. Nosotros lo vemos tal y como es, pesando sus acciones sin agregados ni supresiones:

Fué un militar afortunado; un guerrero audaz; un "revolucionario de oficio," como irónicamente lo llama Don Sebastián Lerdo de Tejada.

Quizá también un usurpador de victorias haya sido, si admitimos el dicho de sus propios soldados; quizá se aprovechó de otros talentos que, unidos a su astucia, lo coronaron de gloria; pero nosotros, en la imposibilidad de documentar estos cargos, referiremos las especies recogidas entre los suyos, y que, de ser ciertas, le arrebatan los timbres de honor que eran los únicos llamados a subsistir y a limpiar las terribles manchas de que está llena su existencia.

*
* *

Para ir todo en orden, procuraremos seguir varias de sus hazañas paso a paso y sin apartarnos de la línea cronológica.

Al principio de su vida guerrera, cuando las ambiciones no lo habían ofuscado, cuando la fuerza de las convicciones obraban en él con una presión saludable, su importancia no superó a la de los demás jefes que rodeaban al señor Juárez.

Entre las batallas en que figuró por aquel tiempo, está la del 5 de Mayo. Puede ser ésta una de las chispas que revolotean en las tinieblas de su vida.

Es hasta después de la brillante defensa de Puebla, en 1863, sostenida por el General

González Ortega, cuando Don Porfirio empieza a tomar nuevas y torcidas orientaciones.

Trepando por las sierras y atacando a pequeñas aldeas, llegó el día en que se soñó un atleta capaz de vencer todos los obstáculos; capaz de limpiar todos los caminos.

Había puesto en práctica, con un éxito envidiable, sus métodos de soborno y sintió anhelos de batir las alas.....

La decadencia del Imperio de Maximiliano; la triste situación del noble de Miramar que se bamboleaba, herido por el «ni un soldado ni un franco» del déspota de Saint Cloud, favoreció a Porfirio Díaz, cuyo nombre ya empezaba a resonar, unido al del valiente General Régules, a propósito de sus campañas por Michoacán y Oaxaca.

Violentamente fué adquiriendo prestigio el ambicioso militar. Rodeado como estaba de hombres inteligentes, se esforzó por alcanzar victorias que después vió traducidas en distinciones y honores.

Posteriormente a su triunfo en Miahuatlán, con la celeridad que acostumbraba, ocupó Oaxaca el 30 de Octubre de 1860, atacando en seguida en la Carbonera, a Testard, que fué aniquilado por completo.

Aquí cabe hacer la salvedad de que en

estos dos hechos de armas, tan celebrados por sus panegiristas y los que le valieron honores y distinciones debido a su valor desplegado, parece que existen ciertos detalles velados, puesto que, según el decir de personas enteradas, aún no se ha dado a cada quien lo que le corresponde, no haciendo la debida justicia al General Figueroa (El Sordo.) Y esperamos que no pase mucho tiempo sin que se depuren tales sucesos.

Después viene su batalla del 2 de Abril, la que le ha conquistado más elogios; la que le dió el título de héroe.

Algunos de los contemporáneos atribuyen el plan de ataque y la dirección de las fuerzas a varios de sus jefes subalternos. De cualquier manera que sea, y aun sin admitir esta hipótesis, cabe decir que no es justo que solamente al General Díaz se le tributen honores, cuando entre los que le ayudaron había hombres de gran mérito.

Por lo demás, todavía no se ha podido saber por qué solamente hubo resistencia efectiva en el Carmen, y para nada se ha hecho mención de los esfuerzos de Vélez y Pacheco, el glorioso mutilado.

Efectuado su triunfo sobre Noriega y teniendo noticia de la proximidad de Márquez,

quiso perseguir al Imperialista, y al efecto salió de la Ciudad de Puebla y ordenó al Coronel Lalanne opusiera sus 1,200 soldados contra las numerosas fuerzas del «Tigre de Tacubaya», para lograr de este modo dar alcance a su perseguido. El Coronel Lalanne, con un valor épico, se arrojó sobre los traidores y como era natural, fué completamente deshecho.

A pesar de este sacrificio, Díaz no pudo acercarse al General Márquez, el cual se guareció en México, soportando un sitio que duró del 21 de Abril al 21 de Junio, día en que, viendo la situación insostenible, depuso el mando en la persona del General Tavera y huyó después de permanecer escondido, al amparo del mismo Díaz, quien de esta manera entró en la Capital, seguido de sus falanges triunfadoras, e hizo fusilar a Don Santiago Vidaurri.

A raíz de la caída del Imperio y de la restauración del Gobierno Constitucional, el señor Juárez, de acuerdo con los Ministros, acordó la reducción del ejército, medida que fué apoyada por el mismo Díaz, tal vez porque así vino a sus ambiciones personales, pues la orden le ayudó a meter cizaña entre los jefes liberales, intentando con esto, derrocar al Gobierno del señor Juárez, cosa que le permitía su posición en el Ejército, dado que era el jefe de la 2ª Brigada residente en Tehuacán.

La jornada del 1º de Octubre de 1871, el pronunciamiento en la Ciudadela, es una página sombría en su historia. Este movimiento fracasado por abandono y perfidia del General Díaz que era el instigador, costó la vida a numerosos engañados.

El doble juego puesto en práctica por Díaz, indignó al señor Juárez, y hubiera obrado con energía si los ruegos y protestas de adhesión del culpable no le hubieran movido a ser benigno.

Aquellas demostraciones de respeto hacia el Benemérito de las Américas, fueron una de sus tantas falsedades, porque algunos meses más tarde se levantó en armas contra el Gobierno, tremolando como estandarte el Plan de la Noria. Y la madrugada del 15 de Diciembre, el General Díaz, comandando sus fuerzas con Mier y Terán, fueron sorprendidos por los leales del General Alatorre en las lomas de San Mateo Xindihui.

Veamos lo que dice un escritor a propósito de ese encuentro:

«No fué una batalla, ni mucho menos victoria, porque Díaz sólo triunfaba cuando sus segundos eran hábiles, o cuando la espontánea defección iba en su ayuda. Después de una ligera resistencia, Díaz y su segundo Mier y

Terán (que al comenzar el combate salió en «paños menores»), se dieron por derrotados y emprendieron la fuga camino de Oaxaca. Gran parte de las fuerzas porfiristas no combatieron... ¡porque no había plan de defensa ni dirección de ninguna especie! algunas de ellas, como el contingente de Veracruz, por todo auxilio recibieron este recado del General Díaz: «isálvense como puedan!» La «media brigada» salió, pasó entre los fuegos cruzados de las tropas leales, y cuando, fuera del campo de batalla [?] el Mayor pasó revista, no contó sino siete hombres, los demás habían muerto. Así pagaba el General Díaz a los que de buena fe lo secundaban. Los porfiristas abandonados, diezmados, burlados, no tuvieron después sino maldiciones para Don Porfirio. San Mateo, Xindihui es una de las páginas más negras que pueden encontrarse en la historia de este sombrío corruptor de ejércitos!»

Esa revolución, enteramente impopular fracasó, siguiendo a la era de turbulencias, un período de calma durante el cual falleció el Sr. Lic. D. Benito Juárez.

Por prescripción de la ley subió al poder el gran estadista don Sebastian Lerdo de Tejada. Como este gobernante, contra la opinión pública siempre hostil al estacionamiento de

sus mandatarios, quiso reelegirse, don Porfirio Díaz, reformando en Palo Blanco el Plan de Tuxtepec, se rebeló contra los poderes constituidos, declarando que defendía las Leyes de Reforma y el principio de la no reelección....

Viene enseguida su tan celebrada batalla de Tecuac, el 16 de Noviembre de 1876, donde por la defección de Tolentino, quien se le pasó con la brigada que comandaba, pudo ganar una acción de armas que ya tenía completamente perdida.

La infidencia y el soborno fueron los aliados del General Díaz, que en esta ocasión, como en otras muchas, le dieron magnífico resultado. Sufrió algunos reveses, y de los más sonados fué el que tuvo por teatro un punto cercano de Monterrey, denominado Puerto de Icamole, donde la caballería del coronel Quiroga, subordinado de Escobedo, aniquiló a las huestes porfiristas. No se crea por esto que el General Díaz huyera ante una formidable carga de caballería, pues, según las crónicas, «la huida cobarde, loca, desesperada y vergonzosa de Don Porfirio, fué porque sentía que los dragones de Quiroga le iban «chicoteando» sus caballos. De ahí que sus enemigos le llaman el «Llorón de Icamole».

El Gobierno, sin recursos, sin populari-

dad y con una complicación en su seno (el golpe de Estado de José María Iglesias que declaró nulo un decreto por emanar de un Congreso incompetente de origen, proclamándose Presidente legítimo de la República), naturalmente hubo de entrar en una etapa de progresiva y violenta decadencia, hasta la caída de Don Sebastián.

Ese fué el resultado de la batalla decisiva que en el año de 1876 libró Díaz con el jefe de las fuerzas federales, General Alatorre, y en la que este último fué derrotado. En esa acción de armas, las tropas del Gobierno eran muy superiores a las revolucionarias, y hubo una batalla teatral si hemos de atender a relatos de testigos. Las promesas, tuvieron allí un papel importante.

Y el General Díaz, como un soberbio adalid llegó a México entre aclamaciones y aplausos, e inmediatamente se arrellanó en la silla presidencial, en esa silla de donde había de ser arrojado treinta y cuatro años más tarde, por la catapulta de una nueva y redentora insurrección.

Un año después, el General Díaz dejaba la presidencia interinamente en manos del General Juan N. Méndez, para ir al frente de 10,000 hombres, a sofocar el movimiento enca-

bezado por el señor Iglesias, que persistía en llamarse el Presidente verdadero.

Venció a su contrario, obligándolo a salir del territorio.

Ya sin oposición de ninguna especie, tomó a Guadalajara, estableció el gobierno y se volvió a la capital para hacerse cargo definitivamente de la presidencia.

Cabe aquí señalar un suceso que perfila el egoísmo y la mala fe, hecho que sucedió poco tiempo después de la derrota que sufrió en San Mateo Xindibui.

En Veracruz, una brigada que se había sublevado en favor del General Díaz, debido a la poca pericia de su jefe, o a cualquier evento, quedó copada por las fuerzas federales. Entonces, aquellos partidarios fieles mandaron emisarios a Don Porfirio para que los ayudara, ya con las armas, ya con indicaciones que les marcara una línea de conducta para librarse del apuro en que se hallaban. Por toda contestación recibieron una frase grosera con la que les negaba hasta un consejo!

Por otra parte, el Lic. Carrasco dice lo siguiente, que viene a robustecer nuestros cargos:

“Durante mucho tiempo se ha hablado de los grandes triunfos militares del General

Díaz. Es más! lo que le han adulado sus favoritos que lo que en verdad merece.

“Cuando la guerra de intervención en la que tomó parte en calidad de militar, asistía a la entrega que hizo el General Díaz de la plaza de Oaxaca; el citado General que tenía seis mil hombres—no cuatro mil, como dicen los historiadores—entró del brazo del General Bazaine a la Capital del Estado, después de haberse rendido. Bazaine le dijo á Díaz:

“—Si tú me entregas la plaza de Oaxaca, me harán Mariscal de Campo, y en cambio yo te ayudaré para que ocupes un alto puesto en el Gobierno de esta República.”

Como se ve por lo anterior, el soldado elevado al pináculo de la gloria, resulta más pequeño que los Escobedo, que los Corona, que los González Ortega y que otros tantos paladines que lucharon con más tesón y más desinterés por la causa de la libertad. Tiene hechos brillantes de armas, pero ni con mucho le hacen acreedor a ocupar el primer sitio entre los militares mexicanos.

Soldado a la romana, substituyó el valor con el soborno humillante; en vez de la lucha franca, usó de las traiciones; en cambio del genio militar se sirvió de ajenas intelectuales para ostentar en la frente los simbólicos laureles de la victoria.

Precisamos nuestra idea;
Fué un militar afortunado; un guerrero
audaz, y un ambicioso sin escrúpulos.....

II

Ya hemos juzgado al General Díaz como soldado; tócanos ahora estudiar su obra como pacificador.

Decimos pacificador, admitiendo que merezca la clasificación de "Paz" ese largo estancamiento en que se tuvo sumida a la actividad nacional; esa parálisis lastimosa que atrofiaba y corrompía los espíritus.

Se ha pretendido justificar tan nociva inacción con las grandes mejoras materiales; con la buena marcha de nuestras relaciones exteriores; con la estabilidad y robustez de la Administración; con nuestro crédito en el extranjero, y con nuestra regular situación económica.

Antes de hacer el análisis de todas las oropescas frases que acabamos de citar, veamos de qué medios se valió Don Porfirio para nulificar los impulsos de sus contrarios y para contener las propensiones del pueblo que, allá por el tiempo de su elevación al po-

der, se hallaba en frecuente efervescencia, en constante inconformidad.

Para lograr su objeto no se valió de la diplomacia ni mucho menos de benéficas transacciones: lo único de que echó mano fué de la violencia y de las maquinaciones.

Conocedor de que todas las revueltas emanaban del seno del Ejército, en la forma de cuartelazos, lo evitó poniendo en práctica el precepto de Maquiavelo: "Divide y Reinarrás." Para esto, sólo fué menester el establecimiento del Depósito de Jefes y Oficiales, la instalación de zonas militares, algunos cambios y uno que otro nombramiento expedido en calidad de premio.

Así fué cómo hizo a Mucio Martínez, caer sobre Puebla a manera de ave de rapiña; y otro tanto sucedió con Cravioto en Hidalgo, Mier y Terán en Veracruz; Corona en Jalisco, etc., etc.

Pero cuando, aun apelando a estos expedientes conciliatorios, tenía noticia de que algunos de los que podían oponérsele, conspiraban para derribarlo, obraba de tal manera que, a los pocos días los conspiradores, o bien eran envenenados, o bien caían bajo el golpe traidor de cualquier rufián asalariado que lo mismo podía llamarse Primitivo Rcn que Atenógenes Llamas.

A los últimos elementos Lerdistas, en la imposibilidad de asimilárselos todos, optó por aniquilar a los renuentes, empezando con la hecatombe de Veracruz y concluyendo por desterrar a otros como al Sr. Gral. Escobedo.

Respecto a los asesinatos de Veracruz, que por sí mismos perfilan la figura moral del General Díaz, plena de instintos sanguinarios y de propensiones regresivas, no diremos nada, en vista de que son demasiado conocidos del público los detalles de aquella trágica jornada en la que perdieron la vida jóvenes llenos de energías y animados de patrióticos y regeneradores arhelos.

Vicente Campany, Dr. Ramón Albert Hernández, Luis G. Alva, Jaime Rodríguez, Antonio Ituarte, Lorenzo Portilla, Francisco Cueto, Teniente Caro y García y Subteniente Rubalcava, he ahí la legión conocida por los «Mártires de Veracruz» aniquilada por el Gral. Luis Mier y Terán, obedeciendo al famoso telegrama que contenía esta orden concisa y pérfida: «Mátalos en Caliente,» y que constituye el más grande baldón de la Dictadura porfiriana.

Y sobre ese campode infamias que al principio sacudieron a la República en una suprema convulsión de horror y de coraje y que después fueron sembrando el miedo en todas las

conciencias, asentó su trono el tirano abominable.

En otro orden, aunque la parte de responsabilidad que se atribuye al Gral. Díaz en la matanza de Veracruz es meramente intelectual, no sucede lo propio con un delito, relacionado con el ya citado, y de cuya participación directa en él nadie duda: Nos referimos al envenenamiento del Factotum Mier y Terán, acaecido poco tiempo después de los crímenes de Veracruz, obedeciendo según unos, a la desconfianza que el esbirro despertó en el Dictador por conservar en su poder el telegrama a que nos hemos referido antes.

La opinión pública también designa al Gral. Díaz, sin pruebas, es verdad, porque de estos hechos no queda rastro, como la inteligencia que fraguó y mandó ejecutar el traidor asesinato del ameritado Gral. Ramón Corona, Gobernador del Estado de Jalisco en la época de su muerte.

La circunstancia de haberse descubierto, días antes del crimen, una conspiración encabezada por el citado militar, conceptúase como la única causa del homicidio que perpetró Primitivo Ron en la persona del entonces Gobernador de Jalisco.

El Gral. D. Trinidad García de la Cadena,

asesinado por el Jefe Político de Zacatecas, Atenógenes Llamas, a raíz de la revolución por este soldado encabezada, allá en Octubre de 1896, es otro de los crímenes en que se ve la mano del Dictador, siempre dispuesto a ahogar en sangre todo impulso libertario.

Y si hemos de seguir conjeturando a este respecto, resulta que la misma opinión pública culpa a D. Porfirio, de los asesinatos que cometieron en Orizaba y Río Blanco las fuerzas federales, comandadas por el entonces Subsecretario de la Guerra, Rosalino Martínez y por el Coronel Ruiz.

Como la generalidad del público desconoce o ha olvidado esta tragedia célebre, procuraremos dar algunos detalles de tan sangriento suceso.

Sucedió que, debido a particulares circunstancias, los propietarios de algunas fábricas del país suspendieron sus labores, dejando en la más espantosa miseria a una multitud de trabajadores.

Los obreros de Río Blanco, Santa Rosa, Nogales, Cerritos, Cocolápam y Santa Gertrudis, exasperados por un paro forzoso que los dejaba sin pan, cometieron algunos desmanes de poca importancia, como el saqueo de la tienda de raya de Río Blanco. En vista

de que la situación se agravaba, el gobierno, en vez de usar de una medida de moderación para sofocar los tumultos, envió al lugar de los acontecimientos, numerosas fuerzas, ametralladoras y cañones, nada menos que si se tratara de unos enemigos temibles.

El que desempeñaba á la sazón el puesto de Jefe Político de Orizaba, señor Carlos Herrera, nombrado por el Gobernador Dehesa, como se opusiera a que las tropas dispararan sobre la multitud indefensa, se le retiró inmediatamente del puesto, entrando a substituirlo (a las 12 p. m) el odiado Miguel Gómez, individuo que no abandonó el puesto, sino al empuje de las fuerzas maderistas. Este Jefe Político, impuesto por el Centro, pisoteando la Soberanía del Estado de Veracruz, consintió y tomó parte activa en la matanza del 7 de Enero.

Los obreros, en aquella ocasión, perseguidos como animales salvajes, cayeron atravesados por las balas federales.

A tanto llegó el ensañamiento de los esbirros porfirianos, que de sus propias casas sacaron a muchos operarios para llevarlos a las fábricas, donde sin formación de causa eran cobardemente fusilados.

Y el pavor y la indignación sacudieron a

todos los que presenciaron aquella carnicería, que no era sino la traducción de una orden emanada del déspota que permanecía insolente allá en el alcázar de Chapultepec.

Al día siguiente de la tragedia, llegaban, ya al caer la tarde, varias plataformas repletas de cadáveres, que fueron sepultados en una fosa común abierta en el cementerio de Orizaba.

Algunos de los que fueron testigos de la matanza, cuentan que las mujeres de las familias de los mártires, al levantar á sus deudos asesinados para colocarlos en la plataforma, envolvían sus cuerpos en paños tricolores, glorioso sudario que al mismo tiempo era el más terrible reproche para el Caín ataviado con la púrpura emblemática del mando.

En Cananea, ese centro minero donde imperan los americanos, sucedió recientemente algo análogo, si bien agravado por la circunstancia de que los que atacaron a la inerme multitud no eran nuestros nacionales, sino soldados americanos disfrazados que cruzaron impunemente la línea divisoria del Norte, para acribillar a balazos al pueblo mexicano.

De tal modo el General Díaz resolvía sus problemas; así era cómo contestaba a las peticiones populares (24 y 25 de Mayo últimos)

en esa forma gobernaba a un país que, según sus declaraciones por el extranjero, era y es el único objeto de su afecto!.....

*
*

Nos parecerá extraño que entre los factores de ese período anormal de inamovilidad que se ha dado en llamar paz, se cuente el caciquismo, ese notable vicio de la administración pasada y que todavía subsiste hasta el presente, no porque el poder haya transigido con él, sino porque el momento no es oportuno para su completa extirpación. La razón que tenemos para sostener lo anterior es la siguiente: El General Díaz, para no amenguar su influencia y para conservar su preponderancia, procuró ofuscar a los hombres de valer que pudieran surgir, prefiriendo colocar en los puestos públicos de más importancia a personalidades odiosas y sin prestigio, incapaces de sobresalir, aun a trueque de que resultaran, ya en el poder, unos tiranuelos de bajas pasiones dispuestos a extorsionar y cometer los más inalicables atropellos.

De tal suerte vimos desfilan una caravana de protervos mandarines, incubados en las esferas del delito, que se adueñaron de los go-

biernos locales, de las jefaturas políticas, de los Ayuntamientos.....

A su paso quedaba una estela de lágrimas, una huella desoladora y sangrienta, un surco de miserias y desesperaciones.....

Aquellos sátrapas, ya en su ínsula, se entregaban de lleno a la rapiña, y sus garras, agudas y potentes, se clavaron en la carne palpitante de las masas adormecida.... Como tétricas aves carniceras, fueron arrancando pingajos de los músculos nacionales..... No se detenían ni ante las protestas, ni ante los lamentos; ciegos, atacaban a sus víctimas y no se contuvieron sino hasta ver despedazado lo que les estorbaba; sino hasta ver aniquilados a sus enemigos.

Y si el clamor de la protesta llegaba hasta las antecámaras presidenciales, el Gral. Díaz, el solapador de tropelías, el protector de salteadores y asesinos, movía indiferente la cabeza y recitaba su eterna frase hipócrita: «La soberanía de los Estados me impide la más nimia ingerencia en su régimen interior».

De esta manera vimos quedar impune el proditorio asesinato del valiente periodista Jesús Olmos y Contreras en Puebla; la salvaje incineración de Ordoñez, otro periodista, en Pachuca; el escandaloso crimen de los Tepames

donde jugó tan triste papel el Gobernador de Colima, Lamadrid; la vergonzosa y espeluznante hazaña de Cananea; el crimen de Tehuiztzingo, Puebla; la matanza de obreros en Orizaba, Río Blanco, Santa Rosa y Nogales; la tragedia de Velardeña; en fin, todas las infames aventuras de los modernos señores feudales.

Tras de la protesta, venía la mordaza; tras de la rebeldía la cárcel y la muerte.

Y la nación entera temblaba, sometida al capricho de los poderosos, humillada como una mujer que se entrega al macho sanguinario y cruel.

Naturalmente, aparejada a esta solemne corrupción colectiva estaba el servilismo, con todos sus ridículos contornos y sus más despreciables apariencias. Cualquiera que quisiese salvar la vida, la honra y la hacienda, hubo de prostituirse en la bacanal de los magnates; tuvo que bajar de escalón en escalón hasta llegar a los bajos fondos de las más ruines adulaciones y rastrerías. Para ser respetado del delincuente que se hallaba al amparo de la impunidad, fué menester hacerse cómplice y de generar arrastrándose por la gama negra de las maldades.....

Entretanto, el Dictador, colocado sobre el pedestal de la opresión y de la muerte, apare-

cía a los ojos del populacho intimidado, como una gran figura, como un ídolo todopoderoso, que únicamente toleraba la caricia sutil del humo del incienso.....